

Adèle y la Bestia

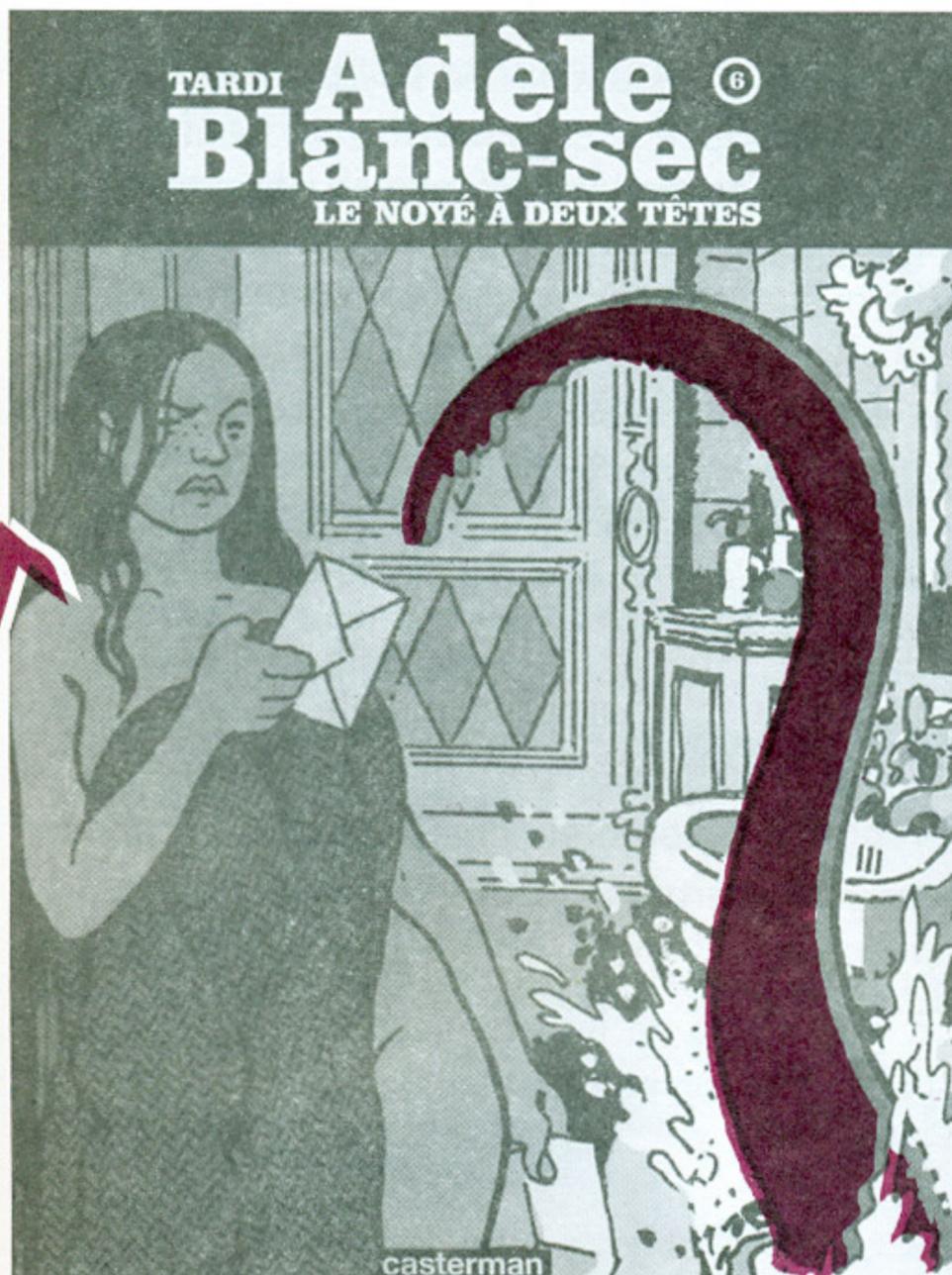
Paula Reséndiz Amador
Egresada de Arquitectura, UAM-X

El pterodáctilo nacido en el Museo de Historia Natural de París atacó desde la primera noche. El diablo verde que dirigía una extraña secta en las catacumbas se suicidó lanzándose desde lo alto de la Torre Eiffel. La momia egipcia que despertó en un departamento haussmaniano desapareció, sin dejar rastro, luego de su habitual paseo por el jardín de las Tullerías.

El monstruo tentacular del canal Saint Martin estableció una relación cordial con los *freaks* del parque de las Buttes-Chaumont. Excepto por la invasión de salamandras en la tubería parisina, una joven periodista pudo presenciar todos estos fenómenos sobrenaturales durante los años veinte del siglo xx. Los narró en una serie de publicaciones baratas, *Las Aventuras Extraordinarias de Adèle Blanc-Sec*. Adèle rompía entonces con los esquemas de su época: era soltera, profesionalista y además era aguda, sarcástica y políticamente incorrecta. Tenía mal gusto para escoger sus sombreros y sus gruesas facciones estaban muy lejos de los cánones de belleza de cualquier época. Quienes tuvieron la oportunidad de verla desnuda, cosa que sucedió en más de una ocasión (cuando fue criogenizada, por ejemplo), pudieron notar que su cuerpo era rollizo y de formas generosas.



A lo largo de tres décadas, esta antiheroína nacida en 1976 del puño e imaginario de Jacques Tardi (1946) se convirtió en un icono del cómic francés. Adèle fue la primera protagonista femenina en los monos franceses de fin de siglo XX. En 10 números a color y con el trazo franco y relajado de Tardi, Adèle intriga, seduce y hace reír a carcajadas. Se interna en un misterioso engranaje de acontecimientos rebuscados que la llevan por toda la Ciudad Luz y que obligan al lector a no perder de vista el menor detalle en cada plancha, en cada obra de arte. Los personajes son dignos de Fellini y propios de un París popular y profundo que ya no existe. Cabe mencionar en especial a los policías: son grotescos, burdos, corruptos, tontos e ignorantes. Nadie dibuja París bajo la lluvia de noviembre como Tardi. Nieto de un soldado de la Primera Guerra Mundial y simpatizante de las causas obreras, Jacques Tardi posee un genio gráfico y narrativo que le ha valido el reconocimiento europeo de sus pares y las de instituciones especializadas de mayor renombre en el "mundo de las burbujas". Su obsesión por la guerra de las trincheras lo ha llevado a recrear este periodo en numerosas tiras cómicas, incluso dentro de las aventuras de Adèle, con una desconcertante frescura.



Cómic: "El ahogado de dos cabezas", n.º1, Jacques Tardi, Ed. Casterman, 1985.

Dados el inconfundible estilo escenográfico del París de Adèle y las características de los personajes, el director de cine más apropiado para una eventual adaptación del universo de Tardi hubiera sido Jean-Pierre Jeunet (*Delicatessen*, *Amélie*, *La ciudad de los niños perdidos*, *Alien 4*). Con los rostros atípicos de sus actores fetiches, Ron Perlman y Dominique Pinon, en el reparto, y su discreción en el uso de efectos especiales, *las aventuras de Adèle* hubieran sido una delicia visual, pero no. En vez de proponer a un portento de mujer como la ex top model y gran actriz Laetitia Casta, la industria del cine francés aceptó, en el papel de Adèle Blanc-Sec, a la preciosa señorita espigada Louise Bourgoïn, una bestia que daba el estado del tiempo en la cadena privada francesa. El director francés más hollywoodense de todos, Luc Besson, dirigió este filme "de época y acción" que se estrenó en todas las salas francesas el 14 de abril de 2010. Corresponde al gran público hacer su propio juicio sobre esta adaptación.

Pero a Adèle, todo esto le tendría perfectamente sin cuidado.